

Editorial

CATEQUESIS

NO es la primera vez que señalamos precisamente en este lugar la tremenda trascendencia de uno de los problemas más graves que hoy tiene planteados la Iglesia: el de la ignorancia religiosa.

Desde hace años tenemos el proyecto de abordar en un número el tema catequístico. Un primer esbozo hecho en Madrid, en la Casa provincial de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; un segundo proyecto preparado en Turín, con los salesianos... quedaron a mitad de camino. Sobre la mesa de nuestra Redacción estaba, sin embargo, el día de su muerte, el proyecto definitivo que había preparado don Casimiro Sánchez Aliseda. A él nos hemos atendido y quisieramos que este número fuese considerado por todos nuestros amigos como una especie de testamento suyo. A todos podemos asegurarles que se fué de este mundo llevándose clavada en el alma una gran preocupación por los problemas de la enseñanza catequística.

En pocas cosas se dará hoy en España un contraste tan acentuado entre la selección y la masa.

Existe, gracias a Dios, un movimiento renovador. Fuera de España y dentro de ella. Es necesario reconocer, con consuelo, que hay inquietud, renovación en los métodos, deseo de acertar y, si se quiere, hasta equivocaciones. Todo, en fin, cuanto caracteriza a la vida. Una minoría magnífica se preocupa intensamente del problema. Tenemos buenas publicaciones, buenos catequistas, buenas instituciones.

No obstante... quisieramos más interés general. Más preocupación catequística en los Seminarios, más novedades en las catequesis parroquiales, mayor resonancia para las discusiones y las novedades que se ofrecen, mejor ambiente catequístico, por decirlo en una palabra. A nuestro juicio, el problema es éste: el de ambiente. El de que las cosas magníficas que se vienen haciendo queden reducidas a unos pocos, sean cosa de especialistas muchas veces.

Y a esta preocupación nuestra responde el presente número. No es un manual de catequesis, ni está dirigido a los especialistas. Es una llamada de atención a todos para que nos demos cuenta de que en nuestras catequesis se juega día a día, de manera insensible, pero con irremediables consecuencias, el presente y el futuro de la religión y de la Patria.

INCUNABLE

MAGISTERIO NACIONAL y CATEQUESIS

Por Agustín SERRANO DE HARO

Inspector de Enseñanza Primaria.
Presidente de la Sección V.^a del Consejo Nacional de Educación.

CATEQUESIS es casi sinónimo de instrucción religiosa.

En este sentido, el maestro, catequista profesional, es naturalmente y después del sacerdote—el primero de los catequistas. Y no sólo en cuanto a la extensión y a la intensidad, sino también en cuanto al tiempo.

Explicámonos. La instrucción religiosa, la educación religiosa mejor, no puede restringirse al simple aprendizaje de unas verdades, aunque ellas sigan la formación y la conformación, sino que debe calar toda la obra educativa, siendo su aliento tan poderoso y tan sutil y trascendente que dé sentido, orientación y espíritu a toda la vida del hombre.

Aunque otra cosa parezca, no es lo mismo enseñar Matemáticas un maestro ateo que un maestro inflamado en amor de Dios. Y esto, aun sin descender a ese impertinente y bien intencionado prurito de meter en toda lección, venga o no venga al caso, una consecuencia religiosa y moral.

Pues bien: como la instrucción y la capacitación que da la escuela abarca, en principio, todas las perspectivas del pensamiento, de la cultura y de la acción, sólo la escuela puede poner en cada faceta de las que mira el niño ese fermento cristiano que infunda, ya ahora, en su vida un sentido religioso integral. Ella, mejor que nadie y con más oportunas facilidades que nadie, podrá dar la clave de la fe para la interpretación de todos los fenómenos de la Naturaleza y de la Historia, injertando todas las cuestiones en el tronco vigoroso y perenne del Evangelio.

Si a esto se añade que el niño no está en la escuela un rato cada semana, sino muchas horas cada día, dedúzcase cuál y cuánta es y puede ser la influencia reli-

(Pasa a la pág. 13.)



el Padre MANUEL URRUTIA, S. J.

y "Los niños de la concha"

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Daniel LLORENTE (Obispo de Segovia.)

LA emisión de sellos de Correos con varias de las obras maestras de Murillo nos brinda ocasión muy oportuna para esbozar un asunto de interés histórico y de no escasa utilidad práctica en orden a la asistencia, aplicación y fruto de la Catequesis. Me refiero al cuadro de "Los niños de la concha", estampado en los sellos de ochenta céntimos.

Un catequista insigne, gran organizador de los Catecismos de La Clerencia, de Salamanca, y luego de los de San Martín y San Agustín, en Santiago de Compostela, el R. P. Manuel Urrutia, S. J., tuvo la genial idea de escoger como emblema y distintivo de su Catequesis y catequistas el referido cuadro. Lo puso en la cubierta de su revista, *El Catecismo de Santiago*, e imprimió en postales con el mismo un resumen de "lo que ha de hacer un catequista en su sección".

El P. Urrutia falleció el día de San Ignacio de 1914, a la edad de sesenta y cuatro años; mas no faltó algún admirador suyo que sacó buen partido de los abundantes tesoros de su preciosa revista y prosiguió la tarea de difundir entre los catequistas el cuadro de "Los niños de la concha".

Lo adoptó el Congreso Catequístico Nacional de Granada, y hasta llegó a Italia por influjo de monseñor Vigna, el cual lo propuso para las *Scuole di Metodo* de instrucción religiosa.

La limitación del espacio que nos han asignado nos impide transcribir la descripción que hace el P. Urrutia, buen literato por cierto, y profesor de Retórica durante varios años. Los hemos copiado en nuestra "Pedagogía catequística", y la pusimos como introducción en el "Catecismo cíclico", de Astete.

Todo el ardid de la Catequesis tiende a lograr que el niño con avidez santa diga, a su manera: *Da mihi hanc aquam*. Más que con las palabras con los hechos, mostrando su afán por asistir a la Catequesis, aprender y aprovechar... "Observar, escribe el Padre Urrutia, con qué ansia bebe el agua el futuro Precursor, el austero predicador del Jordán, levantando y arrimando la concha con los deditos de la mano."

La doctrina cristiana es santísima, excelente, consoladora, sumamente práctica para la felicidad individual y social, tesoro incomparable; en lo cual nadie puede competir con nosotros, aunque nos superen en dinero, regalos y diversiones. Demos, pues, preferencia a lo que más vale y quede como accesorio lo demás. Hagamos que el valor objetivo sepa apreciarlo el niño, que se convierta para él en subjetivo. En ello interviene poderosamente la explicación, luego la bondad y dotes del catequista y por fin el ambiente. Por ese mismo orden está significado en el sello. El agua que da el Niño Jesús a San Juan, advierte el P. Urrutia, es clara, recién tomada del cristalino arroyo, poquita, en nacarada concha, inclinándola para que beba y no se derrame, con un corderito a la vista...

La primera condición del método es la claridad; la doctrina ha de darse poco a poco; en la concha nacarada de ilustraciones y ejemplos; recién tomada de la fuente, lo cual indica la preparación próxima; inclinando la concha, o sea acomodándose a la niñez; en un ambiente ameno y lleno de encantos.

Al niño le gusta ver, usemos los procedimientos intuitivos; hablar, predomine la forma interrogativa; actuar, procuremos ejercitar su actividad y hacer resaltar la conexión entre la doctrina y la práctica.

Pondera después el P. Urrutia la bondad y complacencia con que el bellísimo y gracioso Niño Jesús da de beber a San Juan. Aquí habría que mencionar, siquiera, las dotes del catequista, su amor y respeto santo al niño, su alegría y buen carácter y no en último término la piedad, que da sabor y unción a la exposición y diálogo y ejerce influjo irresistible en los pequeños como en los mayores.

Se cuenta de San Juan Bosco que en su primera misa pidió a Dios la eficacia de la palabra. Hagamos esta súplica para que no sea infructuoso lo que decimos a nuestros alumnos. *Dominus sit in corde meo et in labiis meis*.



Segundo fascículo

incunable

Núms. 134-135 Julio-Agosto 1960

Precio de este número: 15 ptas.

EL CATECISMO NACIONAL

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Bascañana (Obispo de Ciudad Rodrigo y Presidente del Secretariado Catequístico Nacional.)

el tercero. Creo sinceramente que debemos felicitarnos todos por ello.

La labor realizada hasta ahora, ciertamente de importancia básica, ha tenido su complejidad y dificultad. Pero, felizmente, tras un proceso de elaboración metódica, en el que participaron teólogos, escrituristas, catequistas y literatos, se llegó a la reducción de un proyecto que, varias veces revisado y enmendado por el Episcopado Español, ha cristalizado, por fin, a lo largo de muchas sesiones, prolongadas y laboriosas, de la Comisión Episcopal de Enseñanza, en el texto actual de Catecismo, editado en castellano, catalán y vasco.

La Comisión ha tenido la satisfacción de comprobar la buena acogida dispensada a su texto en los ambientes parroquiales, escolares y familiares. Es muy significativo en este sentido el número de ejemplares distribuidos hasta la fecha, que alcanza ya la cifra de siete millones. Incluso en los libros de Religión, de Enseñanza Media, se recogen y comentan las fórmulas del texto único nacional, lo que nos habla ya del influjo decisivo que ha de tener en la formación de la conciencia cristiana de nuestra sociedad.

Conseguida por fin la unificación del texto de Catecismo para todo el ámbito nacional, con las indiscutibles ventajas

Días antes de morir había preparado don Casimiro Sánchez Aliseda el sumario de un número de INCUNABLE dedicado a Catequesis, en el que estaba prevista esta modesta colaboración. Gustosamente la hemos aceptado en memoria y homenaje de tan querido amigo, cuya prematura y trágica muerte lamentamos y lloramos todos. ¡Que el Señor le haya dado el descanso eterno, como fervorosamente se lo pedimos!

Se sentía la necesidad de un texto único de Catecismo para toda España. Tanto el Congreso Catequístico Nacional de Valencia como el Diocesano de Barcelona—para enumerar tan sólo las asambleas más recientes de cierta importancia nacional—, recogiendo en sus conclusiones lo que era sentir y aspiración de todos, se pronunciaron decididamente en favor del texto único nacional. La idea fué tomando cuerpo, y su realización se encomendó a la Comisión Episcopal de Enseñanza, quien puso inmediatamente manos a la obra. Hoy, afortunadamente, al menos en parte, comienza ya a ser realidad consoladora y esperanzadora el texto único nacional de Catecismo. Es una realidad que se está plasmando, y que ya tiene la virtud de ofrecernos el consuelo de un texto, recibido con aplauso y unánimemente aceptado para los grados primero y segundo, y la esperanza fundada de otro, lo más logrado posible, para

(Pasa a la pág. 6.)